

“Soñar y pensar sin limitaciones ni precio”: la Nueva Generación peruana y la Universidad Popular González Prada

 Ariel Salcito

El Perú de la reforma

La derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1883) frente a Chile significó el punto de partida del “largo siglo XX peruano”. El legado del conflicto se tradujo en la crisis que caracterizó los años subsiguientes. La estructura productiva del país se había sustentado sobre los perdidos territorios del salitre. La clase propietaria, desarticulada en lo geográfico y fragmentada en lo político, debía superar la incapacidad de dominar esa expresión territorial denominada Perú. Entre las clases propietarias y los sectores populares mediaban abismos sociales y culturales, sólo vinculados por relaciones de violencia y explotación. El carácter dual de la sociedad peruana resaltó a la consideración de quienes pensaron sobre las causas del descalabro.

Frente a las economías capitalistas de los países centrales, en pleno proceso de expansión monopólica, la clase dominante debía definir la articulación con el mercado mundial. La burguesía agro-comercial de la costa adoptó una unívoca respuesta: la llegada del capital extranjero representaba el impulso para emprender la recuperación económica. De manera similar al resto de las naciones sudamericanas, el Perú se integró al mercado mundial como exportador de materias primas y productos alimenticios. La agricultura de la costa y la minería serrana recibieron cuantiosas inversiones. La debilidad de la clase propietaria cobró evidencia en el recorrido de dependencia ante el capital extranjero. Subordinado al capital foráneo, el proceso económico obedeció a los lineamientos de economía de enclave: inversiones intensivas con gran movilidad de recursos en infraestructura y transporte, tendientes a facilitar la explotación de un determinado recurso orientado a la exportación. La ausencia de articulación entre estos enclaves y el resto de la actividad productiva nacional determinó la inexistencia del mercado interno.

Subordinada al capital transnacional, la burguesía agro-comercial precisaba garantizar el dominio de las masas rurales desparramadas por la inaccesible geografía peruana. La debilidad del aparato estatal constituía una evidencia indisimulable. Ello tornó viable la emergencia de una alianza con los hacendados de la sierra. La organización del poder resultante en las áreas rurales contaba con tradición: el gamonalismo, la existencia del poder local, la privatización de la política y su ejercicio a escala de un pueblo o provincia. De esta forma quedó conformada la base social que sustentaría la república aristocrática. Se trataba, por supuesto, de un porcentaje ínfimo de la población del país.

A partir del liderazgo ejercido por Nicolás de Piérola, la novedosa articulación de las clases dominantes quedaba prefigurada de manera tal que

el sector burgués de la clase dominante fue capaz de desplazar relativamente del poder político a los terratenientes y controlar los recursos económicos y políticos. Pero esta dominación burguesa se fundó en el entroncamiento de la burguesía nativa con las fracciones señoriales, quedando pendiente el problema de la democratización de la sociedad. Por otro lado, el entroncamiento con el capital imperialista hizo imposible su desarrollo como clase "nacional", es decir como clase dirigente de la sociedad. (Cotler, 2005: 134)

A partir de la sumisión al capital internacional, las fracciones de las clases propietarias debían constituir una visión que actuara cohesionando dicha alianza. La mentalidad oligárquica cumplía esa función. Formar parte de la oligarquía implicaba algo más que una posición económica. Importaban además cuestiones relacionadas con el apellido, los círculos sociales, los hábitos distinguidos que denotaban un determinado estilo de vida. La vocación de invocar carácter de oligarquía tradicional significaba un proceso de memoria corta: los orígenes familiares rara vez se remontaban más allá de la época del guano.

El Partido Civil era la expresión política de este grupo que amalgamaba propietarios urbanos, profesionales de renombre y hombres de negocios con hacendados costeños. Sus características lo emparentaban más con un club social que con un partido político moderno. Sus integrantes llevaban adelante una vida intensamente oligárquica, siempre dentro de un pequeño sistema-mundo. Pero en el manejo de los resortes del poder del Estado, la oligarquía desplegó una política basada en la neutralización de las capas medias de la sociedad y la exclusión de las populares. No fue esa la única causa que le impidió erigirse como clase dirigente al frente del Estado nacional. Ella misma se encontraba disgregada en términos geográficos. Sus aparatos administrativos y represivos carecían de alcance territorial, y retrocedían con docilidad ante los poderes locales representados por las haciendas u otras instancias regionales. Idéntica situación imperaba en campamentos mineros, petroleros o tierras controladas por el capital extranjero.

El credo católico constituía una de las escasas líneas vinculantes entre las clases sociales. Las manifestaciones religiosas se encontraban presentes en los eventos significativos de la vida social. La influencia de la Iglesia era notoria. La promesa de ventura individual fungía de válvula de escape al sosiego de la resignación colectiva. En un mundo estamental, el catolicismo iba unido a una concepción señorial de la sociedad:

La condición de oligarca no nacía solo de la posesión de determinados bienes; contaba también la pertenencia a una determinada familia. Pero esto último no era solo un problema biológico o la herencia de un apellido: significaba asumir un determinado comportamiento donde contaban la moralidad, el respeto de sus iguales y la obediencia de sus subalternos. (Flores Galindo, 2007: 146)

Ser considerado parte de este núcleo social comportaba además ostentar nivel de consumo lujoso. Las marcas de estatus que conferían prestigio se exhibían con afectada desenvoltura. La superioridad otorgada por la distinción se plasmaba en las relaciones con las clases subordinadas. El paternalismo representaba uno de sus pilares: oligarca costeño o gamonal serrano, la relación con los campesinos indios o trabajadores estaba signada por la asimetría, en cuyo seno el propietario atendía a cada dependiente en forma personal, sin permitir instancias de negociación colectiva, y arrogándose el ejercicio de la justicia. El racismo completaba la base de la cosmovisión oligárquica, con la facilidad que confería el arraigo consuetudinario de una idea desarrollada desde

los tiempos coloniales. El indio era planteado como un ser degradado, sometido a caracterizaciones tendientes a enfatizar su inferioridad congénita, sumadas a las taras sociales: vago, borracho y mentiroso. La perspectiva de resignada sumisión conformaba la trama del horizonte de la raza indígena. Protegido o explotado por un caballero benefactor o cruel según le viniera en gana, su minoridad social era un dato fehaciente de la cosmovisión dominante. Las diversas modalidades de dependencia personal brindaban la apariencia de pertenecer a un gran núcleo familiar. La familia constituyó el eje primordial de la vida oligárquica.

Las trayectorias de cada uno de sus integrantes eran el entramado en que se desenvolvían las estrategias de reproducción y competencia interna. Noviazgos y matrimonios eran calculados con cuidado; la opinión de los padres era incontrastable. La vida transcurría por cauces previsibles:

La vida oligárquica resultaba tediosamente feliz. El aburrimiento terminó siendo un componente importante como resultado de esos matrimonios entre pares y de vidas definidas desde el nacimiento, en un mundo de rentistas. (Flores Galindo, 2007: 151)

Enfrentar el aburrimiento requería optar entre diferentes senderos. Los fumaderos de opio que proliferaron en Lima desde comienzos de siglo fueron uno de ellos. El miedo al mundo externo, corporizado en las clases populares, fue otro. Derivado de un presente colmado de insatisfacción, surgió la necesidad de idealizar el pasado. La época colonial se irguió como símbolo de un pasado idílico. La oligarquía construyó de esta manera su imagen del Perú como nación. Los caracteres hispánicos y cristianos fueron exaltados en desmedro de los elementos originarios. Allí residía la identidad primordial, no sólo como pasado añorado sino también como futuro posible.

Frente a la cosmovisión hegemónica transmitida por la oligarquía, se destacó la voz de Manuel González Prada. Si bien procedía de una familia aristocrática, sus planteos, realizados en tono apasionado e incisivo, representaron una crítica radical al orden vigente. Sus escritos iniciales remiten a la indignación provocada por la derrota militar frente a Chile. González Prada participó en la defensa de Lima y luego de la derrota y posterior ocupación, permaneció recluido en su casa hasta la marcha de las tropas chilenas. Profundo estudioso de las ideas de su tiempo, sus posiciones siguieron un curso de creciente radicalización, hasta recalar en el anarquismo. La realidad social fue motivo de análisis:

En el Perú vemos una superposición étnica: excluyendo a los europeos y al cortísimo número de blancos nacionales o criollos, la población se divide en dos fracciones muy desiguales por la cantidad: los encastados o dominadores y los indígenas o dominados. Cien o doscientos mil individuos se han sobrepuesto a tres millones. (González Prada: 1985: 122)

La diversidad regional y las variantes políticas, económicas y sociales eran susceptibles de ser apreciadas entre la costa y la sierra. Sin embargo, las diferencias entre las clases dominantes eran subsanadas ante la conveniencia común:

Existe una alianza ofensiva y defensiva, un cambio de servicio entre los dominadores de la capital y los de provincia: si el gamonal de la sierra sirve como agente político del señorón de Lima, el señorón de Lima defiende al gamonal de la sierra cuando abusa bárbaramente del indio [...]. Muy poco les ha importado el dolor y la muerte de sus semejantes, cuando ese dolor y esa muerte les ha rendido unos cuantos soles de ganancia. (González Prada: 1985: 124)

Las condiciones de extrema explotación se habían extendido, a su vez, a negros, *coolies* chinos y demás grupos étnicos trasladados desde sus lugares de origen hasta la costa peruana. Al igual que durante la época colonial, abundaban en la república las normas y declaraciones a favor del indio, o regulando los abusos padecidos. Pero la correspondencia entre teoría y práctica se diluía ante la evidencia de los poderes locales. El ejercicio cínico de las disposiciones protectoras del indio quedaba expuesto con claridad. La resistencia indígena asumía la forma de rebeliones sangrientas, aisladas e invariablemente vencidas. Es así como González Prada caracteriza al régimen político del país:

Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley. Si en la costa se divisa un vislumbre de garantías bajo un remedo de república, en el interior se palpa la violación de todo derecho bajo un verdadero régimen feudal. Ahí no rigen códigos ni imperan tribunales de justicia, porque hacendados y gamonales dirimen toda cuestión arrogándose el papel de jueces y ejecutores de las sentencias.
(González Prada: 1985: 125)

A los conflictos característicos de la formación social peruana se agregaron otros que expresaban las incipientes relaciones de producción capitalista. La falta de mano de obra en la costa constituía un mal endémico. Las modalidades de trabajo forzado fueron insuficientes para resolver el problema. Ante la inexistencia de un mercado de trabajo capaz de satisfacer la demanda, cobró preeminencia el sistema del "enganche". A través de un intermediario, el propietario reclutaba trabajadores para que brinden un determinado servicio durante un tiempo estipulado en forma previa. Con el concurso de las autoridades y de los vecinos prominentes, se firmaba un contrato cuyo contenido, dado el analfabetismo reinante, permanecía oculto para el enganchado. El mismo recibía un adelanto en efectivo, a partir del cual quedaba comprometido a realizar su trabajo a cambio de un salario, del cual se descontaba el importe adelantado. El intermediario, además de recibir una comisión, actuaba como fiador del trabajo del enganchado, generando relaciones clientelares que encadenaban al trabajador a la voluntad de sus patrones. La modalidad solucionó en términos parciales la falta de mano de obra en las haciendas de la costa dedicadas a la caña y al algodón, y se expandió con celeridad a la minería, el caucho y la construcción de caminos. A su vez, constituyó el inicio del proceso migratorio de la sierra a la costa, que adquiriría dinamismo en las décadas siguientes.

El naciente proceso de proletarianización conllevó características distintivas. Alberto Flores Galindo señala entre ellas el reducido número de obreros, la fragmentación y el aislamiento. La concentración de trabajadores en minas y haciendas azucareras implicó el germen de una conciencia común de vivencias y relaciones de explotación. En el caso de Lima y otras ciudades de la costa, los gremios de mayor importancia provenían de tradición artesanal: panaderos y zapateros, que llevaron adelante las primeras huelgas de envergadura, por la reducción de la jornada laboral o en detrimento del alza del coste de vida. El anarquismo se constituyó en la ideología predominante, a favor de la articulación con el movimiento sindical. A pesar de la hegemonía que la oligarquía ejercía sobre la vida cultural, florecieron numerosas publicaciones que expresaban el fermento contestatario de la cultura popular. Surgieron a su vez círculos de lectura y sociedades de socorros mutuos. Los primeros se dedicaron a la lectura y comprensión de los clásicos del anarquismo, y al siempre esclarecedor pensamiento de González Prada.

La creciente actividad reivindicativa de los trabajadores debió enfrentar la violencia represiva de la oligarquía. Las masacres que siguieron estimularon el desarrollo de un movimiento obrero capaz de persistir en sus exigencias. Desde comienzos del siglo XX, el poder omnímodo detentado por la oligarquía recibió los embates de los sectores

populares, que correspondían tanto a los conflictos tradicionales con las comunidades en la sierra, como a la moderna conflictividad obrera en las ciudades y haciendas azucareras:

De esta suerte, la república aristocrática se vio marcada por los conflictos que las clases populares desataron contra la coalición burgués señorial con el imperialismo y los que se producían en ella, entre los que buscaban asimilar a esa población y los que tozudamente se negaban a reconocer los derechos económicos- sociales de la población popular. (Cotler, 2005: 164)

La división en el seno de las clases dominantes cobró evidencia en los intentos gubernamentales de reformas a fin de incorporar a los sectores plebeyos. Dentro del propio civilismo surgió el denominado "proyecto Manzanilla". Disponía el establecimiento de una Junta Nacional del Trabajo, encargada de regular las relaciones laborales del área capitalista, asegurando la jornada máxima de trabajo, el descanso dominical, los contratos, huelgas, conciliación y arbitraje, además de regular el trabajo de mujeres y niños. Tanto los presidentes Pardo como Leguía tropezaron con la virulenta oposición del parlamento, monopolizado por las clases interesadas en asegurar la irrestricta explotación de la fuerza de trabajo. La activación popular, en tanto, aumentaba.

En 1912, las disidencias internas precedieron el ascenso al poder de Guillermo Billinghurst. A pesar de su origen burgués, concitó el apoyo de las clases populares, a favor de un programa de reformas e inclusión social signado por la intervención estatal. Ante la oposición parlamentaria, Billinghurst promovió la movilización popular e intervino en los conflictos entre capital y trabajo. Ello aparejó que el conflicto clasista creciera en intensidad. En 1914, un golpe de estado desalojó al presidente y desató una andanada represiva en detrimento de los sectores subordinados.

El reajuste del mercado internacional posterior a la guerra mundial constituyó el canto del cisne de la república aristocrática. La crisis de las exportaciones implicó desempleo y el aumento desorbitado del costo de vida. La conmoción revolucionaria europea influyó en la rearticulación del movimiento contestatario. Bajo la iniciativa del anarquismo, los trabajadores e importantes capas medias se lanzaron al asalto del trémulo edificio oligárquico. El 13 de enero de 1919 una huelga paralizó la producción. Dos días después, la promulgación de la ley que reglamentaba la jornada de ocho horas de trabajo en todo el territorio coronaba la lucha popular. El parlamento y la prensa conservadora clamaban por orden e implicaban al anarquismo con maniobras de infiltración chilenas o moscovitas. En mayo el enfrentamiento escaló en intensidad y violencia. Ante la agitación, los sectores dominantes de la burguesía se articularon en torno al liderazgo de Augusto Leguía. Una amplia coalición anti-civilista, que incluía segmentos importantes del movimiento popular y la intelectualidad media, estaba pronta para una alianza. El golpe de estado triunfante, el personalismo y la decidida acción de gobierno del nuevo líder, barrieron al civilismo del poder político.

El Oncenio

La coyuntura que emergió de las humeantes ruinas de la República Aristocrática inauguró un nuevo escenario. Durante el transcurso del Oncenio (1919-1930), el flujo del capital norteamericano alcanzó notable preeminencia en forma de préstamos e inversiones. La disponibilidad de recursos propició una política expansiva del gasto público. La estrategia de alianzas sociales que impulsó Leguía reconocía en los campesinos indígenas y los sectores populares y medios urbanos interlocutores válidos. Los estudiosos de la "Patria nueva" distinguen dos periodos en su seno. Entre 1919-1923,

el énfasis se encuentra en la desarticulación de los mecanismos de dominación de la oligarquía civilista. Prevenir resistencias y recomposiciones, e imponer el avance del Estado en regiones acostumbradas a confundir este con los caprichos del gamonal, conllevó alianzas heterogéneas. Los trabajadores asistieron al cumplimiento de demandas históricas: salario mínimo, jornada de ocho horas e instancias de mediación y arbitraje laboral, acompañaron la expansión del empleo merced a la obra pública. Consiguientemente, el aparato burocrático creció inclusive por arriba de la tasa de crecimiento demográfico de la clase media. El incremento de las profesiones técnicas y liberales coadyuvó a tal efecto. Y ante la agitación estudiantil vigente en las Universidades, el gobierno de Leguía reconoció la necesidad de la reforma. El espaldarazo constituyó, no obstante, el corolario de una larga historia previa.

1923 es el año que actúa como bisagra según esta periodización. A medida que el predominio del capital estadounidense se torna incontrastable, la estructura económica del país se transforma reforzando su carácter neocolonial. Al control de los sectores de mayor dinamismo, como el cobre y el petróleo, se sumó el desplazamiento de sectores agroexportadores nacionales en beneficio de sus pares norteamericanos. Además de los préstamos y condiciones impuestos por la banca yanqui, y su influencia sobre la administración aduanera y presupuestaria, el gobierno dispensaba atención a los intereses norteamericanos en otras áreas. La educación fue reformada a imagen y semejanza del sistema educativo de los Estados Unidos. La política exterior del Perú consistió en la obediencia y apoyo de toda directiva emanada del país del norte. Esta mutación conjunta, en consecuencia,

modificaba la base de sustentación con la que había iniciado su gobierno y desataba fuerzas de oposición popular totalmente inéditas en el país. Sus planteamientos pseudo-populistas de la primera hora dejaron de tener validez al reprimir los movimientos campesinos [...]. En el mismo sentido, disolvió las organizaciones obreras, clausuró la Universidad González Prada y buscó congraciarse con las viejas clases propietarias al pretender consagrar el Perú al Sagrado Corazón de Jesús, lo que recibió el generalizado rechazo popular. (Cotler, 2005: 190)

La crisis internacional de 1929 barrió en forma instantánea esta construcción. La caída abrupta del comercio internacional y la retracción de inversiones y capitales extranjeros amputó la base de sustentación de la Patria nueva. Con fuerzas sociales sublevadas por el desempleo y la carestía, y con el civilismo agazapado y rencoroso, un levantamiento militar confinó a Leguía a prisión, en donde enfermo y enflaquecido fallecería tiempo después. Un país convulsionado se aprestaba a iniciar un recorrido de enconados conflictos sociales.

La Nueva Generación peruana

Los procesos de conflictividad política y social, y las fluctuaciones propias del carácter "cíclico" de la economía mundial, operaban en el seno de tendencias de largo plazo que modelaban sus límites y condiciones de realización. En este sentido, es claro constatar que, entre 1900 y 1930, el Perú se encontró sumido en un proceso acelerado de expansión capitalista. Fruto de dicho crecimiento fue el desarrollo de los sectores medios urbanos. Aquella generación nacida entre las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX se encontraba destinada a protagonizar la búsqueda de una transformación radical. Un Perú a la medida de la Nueva Generación peruana.

Es menester clarificar los ideales de esta generación. El carácter latinoamericanista del movimiento emerge como dato crucial. El cuestionamiento del orden oligárquico que

las elites habían implantado en la región, y el impacto de la revolución mexicana, trascendieron fronteras y se combinaron con el surgimiento de nuevos referentes sociales y formas de movilización. La conmoción provocada por la guerra mundial, la crisis de los valores occidentales subsiguiente y la revolución rusa, brindaron la perspectiva de vivir un tiempo de transformaciones inminentes. Las vanguardias artísticas se mostraron ávidas de entrelazar sus intereses con el acontecer social. El ámbito universitario se reveló permeable a tales influjos. La rebelión protagonizada por los estudiantes argentinos de la ciudad de Córdoba suscitó con celeridad ecos continentales. No obstante, el horizonte excedía el asalto a un reducto aristocrático. En el terreno de la educación y la cultura se verificaron sus efectos.

La ampliación de la esfera del capital a nivel nacional y la expansión del mercado interno confluyeron en fluidos procesos de movilidad social. El aparato educativo registró un crecimiento sin precedentes. En base a extractos estadísticos oficiales, José Deustua y José Luis Rénique ofrecen una visión panorámica del fenómeno:

... hay un aumento del orden del 221% en la alfabetización y escolarización del país entre 1906 y 1930, frente a un aumento del orden del 140% en la población del país, lo que indica que el ritmo de crecimiento y ampliación de la escolarización y alfabetización del país es mayor que el crecimiento poblacional en este periodo, en proporción de 2 a 1. (1984: 20)

Estas proporciones se acrecientan al abordar en forma sectorizada escuela primaria y secundaria. A diferencia de la educación primaria, la secundaria no era gratuita ni obligatoria. Ello restringía el ingreso a quienes disponían de ingresos suficientes y residían en centros urbanos. El universo popular que poblaba las escuelas primarias municipales y estatales se angostaba en forma abrupta al llegar a la secundaria. La oferta estatal estaba constituida por los colegios nacionales. Opción cara y limitada, ya que los mismos se localizaban exclusivamente en las ciudades importantes del Perú. El centralismo, limeño primero y urbano después, imponía sus términos. Aunque de menor prestigio, la escuela secundaria privada reunía la mayor cantidad de alumnos. La preeminencia de la Iglesia Católica atravesaba a las clases sociales involucradas:

En las clases acomodadas (como pasa con las mujeres), los niños confiados a las congregaciones docentes cuentan en mayor número. El hombre de nuestro pueblo no averigua si la escuela primaria se llama libre o nacional, si la regentan clérigos o seglares, contentándose con aprovechar de la educación gratuita, venga de donde viniere; pero nuestro semiburgués y nuestro pseudoaristócrata, sea por convicciones, moda, espíritu de imitación o vanidad, prefieren casi siempre la escuela del clérigo, señaladamente la del jesuita, que pasa en Lima como centro aristocrático. (Deustua y Rénique, 1984: 23)

La educación universitaria representaba el último peldaño del sistema educativo. De acuerdo con la información estadística trabajada por Deustúa y Rénique, accedía a ella el 5% de los estudiantes secundarios. Las cuatro universidades y la escuela superior que existían en el país en el año 1900 se concentraban en Lima, Trujillo, Arequipa y Cuzco. La expansión de las décadas siguientes, sin alterar la naturaleza selecta de los estudios de grado, multiplicó su oferta e ingreso. Lima continuó concentrando gran parte de las casas de altos estudios, dando lugar a procesos de migración estudiantil proveniente de las provincias. Pero a su vez ellas mismas ampliaron o generaron nuevas posibilidades de formación superior. Entre este estudiantado provinciano de sectores medios y la rígida estructura aristocrática de las universidades surgieron conflictos que escalaron hasta desembocar en la Reforma Universitaria:

La reforma universitaria tuvo como objetivo inmediato remover algunos catedráticos verdaderamente incapacitados para la docencia: reclamó también la libre asistencia y la representación estudiantil, a través de graduados elegidos por los estudiantes en los

organismos de gobierno; se exigía, de acuerdo a las características de la época, una enseñanza que incidiera de manera preferente en los aspectos prácticos y técnicos, menos retórica, y que se preocupara además por difundir estos conocimientos fuera de los claustros universitarios. (Flores Galindo, 1984: 255)

Similar desarrollo conoció el campo de la difusión cultural. Con dinamismo multiplicado a partir de 1918, surgieron publicaciones que expresaron los intereses de la época. Los datos citados (Deustua y Reñique, 1984: 2) refieren un crecimiento cuantitativo del orden del 265%. Distinguir entre periódicos y revistas implica señalar la diferencia entre una tribuna de información y un canal de especialización cultural. El caudal del capital necesario para su inversión era otro elemento disímil. Pero ambos medios compartían lógicas comunes. En primer lugar, estaban conformados por grupos de redactores y colaboradores interesados en difundir una materia intelectual específica. A su vez, respondían al liderazgo de un promotor, por lo general, el director. Todo esto destinado a un público consumidor cada vez más numeroso, diversificado y exigente. El ascenso de los sectores medios, la preeminencia de la intelectualidad provincial, el incremento de la tasa de alfabetización y el aumento exponencial del sistema escolar y universitario, aludidos en líneas precedentes, concurren en esta dirección. Las reminiscencias de la sociedad oligárquica crujían ante los embates turbulentos de la Nueva Generación peruana.

La revista *Claridad* representa, en este sentido, un ejemplo paradigmático. Inspirada en su homónima francesa y en el pensamiento de Henri Barbusse, su fundador, *Claridad* se constituyó como órgano difusor del fruto inicial de la Reforma: la Universidad Popular González Prada. A través de sus páginas puede advertirse la evolución experimentada por el movimiento estudiantil. Ricardo Portocarrero (1996: 17) distingue una primera etapa, coincidente con la dirección de Raúl Haya de la Torre. El predominio de las temáticas estudiantiles, y la valoración de los logros alcanzados a través de la reforma, relegan otro tipo de cuestiones. Existe un minucioso seguimiento de las luchas estudiantiles latinoamericanas, sobre todo en Argentina y México. Las problemáticas obreras comienzan a cobrar importancia luego de las conflictivas jornadas de mayo de 1923. En forma paulatina comienzan a incorporarse voces de sectores diversos, susceptibles de ser englobados en el seno de la Nueva Generación. Sin embargo, continúa prevaleciendo el eje estudiantil.

Una segunda etapa, siguiendo a Portocarrero (1996: 19), puede advertirse a partir de 1924. El enfrentamiento con el gobierno del año anterior culminó con la deportación de Haya de la Torre. Otro intelectual de fuste, pero surgido por fuera del ámbito académico, asumió la dirección interina de la revista. José Carlos Mariátegui, recién regresado del exilio europeo, había establecido contacto con los estudiantes reformistas. Bajo su dirección se produjo el giro doctrinario en la publicación. Entre enero y noviembre de 1924, las problemáticas obreras adquirieron relevancia, en desmedro del contenido estudiantil predominante en la etapa anterior. La crisis europea y la cuestión del indio reflejaron un renovado abanico de preocupaciones. La fundación de la editorial obrera *Claridad* se propuso difundir libros, folletos y revistas que contribuyeran a la formación cultural del proletariado. La articulación entre Universidad Popular, núcleos gremiales obreros y campesinos, y emprendimiento editorial, conformaba un centro de cultura apropiado para la realidad peruana. Reflejaba la necesidad de organización y discusión entre los sectores que componían el campo popular, e irradiaba influjos de lucha ideológica y cultural. Coexistían en su interior sueños, acuerdos y discrepancias:

... muchos tenemos la convicción profunda de que la propiedad privada es un régimen de explotación, de dominio del hombre al hombre. No todos coincidimos. Es unánime, sí, la juventud (la juventud verdadera, entiéndase) en creer la existencia de un vituperable estado de cosas que es preciso destruir para crear una patria mejor, cuya idea

sustentáculo no sea el odio infecundo al vecino, que no sea el predio usufructuado por una casta de hombres, la tierra madre fecunda en dolor para los muchos y dadivosa de placer para los menos, sino el dulce hogar sin lágrimas amado por todos y amoroso para todos. (Claridad, 2: 140)

"Universidad... de los trabajadores"

Hacia semejante proyecto de transformación social convergieron las vertientes históricas del periodo. Influjos tanto ecuménicos como nacionales o regionales modelaron su carácter. La Reforma universitaria constituyó el núcleo de articulación de la Nueva Generación peruana. Producto de la propia lógica del conflicto con las autoridades y los profesores "tachados", la posición de los estudiantes se fue radicalizando y precisando en términos ideológicos. El Congreso de Cuzco de 1920 expresó la necesidad de involucrar referentes sociales excluidos de la educación superior. Se trataba, por supuesto, de enfrentar la esencia aristocrática de la Universidad oficial. Pero mayor trascendencia revestía el propósito de expandir las fronteras del conocimiento impartido en ella. En las barriadas de Lima residía esa masa laboriosa sobre cuyas espaldas se descargaba el peso del despegue capitalista del Perú. Concebir una alternativa al sistema formal implicaba una transformación radical. Democratizar su acceso constituía el objetivo manifiesto. Confluir con el movimiento sindical obrero, su horizonte de transformación. Un desafío a la altura de una generación. Así nació la Universidad Popular González Prada, cuyo lema era inequívoco: "Pensar y soñar sin limitaciones ni precio".

Correspondió al presidente de la Federación de Estudiantes Peruanos, Víctor Raúl Haya de la Torre, implementar este mandato. El 21 de enero de 1921 se instaló en Lima la primera sede de la Universidad Popular González Prada, aunque su expresión consumada tendría lugar en el poblado obrero de Vitarte. Pronto surgieron ramificaciones provinciales y barriales que no lograron sostenerse en el tiempo. El alumnado que concurría a Vitarte estaba compuesto por trabajadores urbanos o campesinos de las haciendas costeras de Lima. Constituyó el punto de encuentro entre las clases populares y el estudiantado reformista proveniente de los sectores medios. Los estudiantes-profesores profesaban, además de la finalidad de enseñar, el objetivo de aprender. Esta complementariedad se manifestaba además en la fiesta anual de la planta, donde se combinaban rasgos urbanos y campesinos con los estudiantiles:

La enseñanza en la universidad reformista era gratuita: ni los estudiantes pagaban ni los profesores recibían sueldo. En algunos casos, los sindicatos de trabajadores recargaban a cada asociado cinco centavos semanales para los gastos que demandaban el local y los pasajes de los profesores. El gobierno de la Universidad se componía de una junta de profesores, que estaba integrada además por representantes de los alumnos, que eran mayormente obreros. Todas las resoluciones de la junta de profesores eran ratificadas por los alumnos reunidos en asamblea general [...]. En principio los estudiantes habían acordado que la enseñanza tendría dos ciclos, uno de cultura general de orientación nacionalista y otro de especialización técnica, dirigida hacia las necesidades de cada región. (Beigel, 2006: 234)

En este contexto, el énfasis residía en la interacción de la comunidad académica con la realidad social circundante. El anuncio de la consagración del Perú al Sagrado Corazón por parte del régimen de Leguía desencadenó la reacción. La libertad de cultos constituía una conquista arrancada a las vicisitudes de la República Aristocrática. Sectores laicos, religiosos no católicos, sindicales y estudiantiles confluyeron en la oposición. En la calle Huérfanos en Lima se produjo el encuentro con las fuerzas policiales del régimen. La sangre derramada bautizó la unidad de trabajadores manuales e intelectuales

preconizada durante décadas por Manuel González Prada. La represión estatal condujo a prisión a varios profesores y culminaría con la deportación de Haya de la Torre. A su vez, implicó una campaña de prensa en contra de "aquello que se da en llamar Universidad Popular". De allí provino el interés por reglamentar la actividad de la Universidad, subordinándola a la estructura jerárquica del Estado. Desde las páginas de *Claridad* (4: 31), Mariátegui salió al cruce de dicha pretensión:

Nuestras actividades se orientan hacia la "revolución de los espíritus", y las universidades populares que hemos erigido son el ensayo de la futura Universidad Social, frente a los enfermizos institutos oficiales actuales que crean castas de sabios y oligarquías de burócratas.

Mariátegui expresaba de esta manera la convicción profunda que había nutrido a los fundadores de la Universidad Popular. Aceptar la tutela estatal desvirtuaba por completo los fines originales de ese proyecto. La expresión "castas de sabios y oligarquías de burócratas" destilaba el cariz radical de la impugnación reformista a la academia tradicional. La ampliación de las condiciones de ingreso representaba sólo un aspecto del problema. La naturaleza competitiva y restringida de las instituciones de formación superior bloqueaba una democratización de alcance mayor. Dados los intentos de reacción, era prematuro en 1924 considerar superados en forma definitiva los resabios aristocráticos de la Universidad. Pero ningún alarde de optimismo ocultaba que reemplazar alcaurnia por certificaciones académicas comportaba un elitismo equivalente. Una nobleza de Estado habilitada para legitimar la validez de saberes específicos y determinar alcance y recompensas de los mismos. La pretensión de científicidad propiciaba, más que expandir las fronteras del conocimiento, oficiar de cancerbero del acceso a sus porciones. Una condescendencia culposa garantizaba la supervivencia de los sitios de enseñanza, a través de la absorción por parte de los institutos de extensión. Mariátegui reconocía el derecho que asistía al Estado de prefigurar la esencia de las universidades nacionales, pero delimitando con claridad la naturaleza intrínseca de cada una:

Las universidades populares no son institutos de agnóstica e incolora extensión universitaria. No son escuelas nocturnas para obreros. Son escuelas de cultura revolucionaria. Son escuelas de clase. Son escuelas de renovación. No viven adosadas a las academias oficiales ni alimentadas de limosnas del Estado. Viven del calor y la savia populares. No existen para la simple digestión rudimentaria de la cultura burguesa, existen para la elaboración y creación de la cultura proletaria. (Claridad, 4: 31)

Epílogo

En 1927 el régimen de Leguía clausuró la Universidad Popular González Prada. Concluía una de las más fecundas experiencias de educación popular llevadas adelante en América Latina. En sus aulas se plasmaron los horizontes de transformación social que alumbraron el surgimiento de la Nueva Generación peruana. La creciente actividad y radicalización política de obreros y estudiantes nucleados en torno a la sede del barrio Vitarte sentenció el proyecto obrero-estudiantil. A juzgar por los procesos de lucha social que sobrevendrían en los años siguientes, el fermento contestatario que nutría a vastos segmentos de la sociedad peruana lejos estaba de poder cancelarse mediante una faja de clausura. La Universidad Popular constituyó una de las tentativas que, con mayor lucidez, procuró expandir las perspectivas de lo posible a través de la generalización de la instrucción superior.

Bibliografía

- » Beigel, F. (2006). *La epopeya de una generación y una revista: las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires, Biblos.
- » *Claridad*, edición facsímil. Amauta.
- » Cotler, J. (2005). *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima, IEP.
- » Deustua J. y Rénique. J. L. (1984). *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú 1897-1931*. Cuzco, Centro de Estudios Rurales "Bartolomé de las Casas".
- » Flores Galindo, A. (1994). *Entre dos crisis: la patria nueva*, en *Obras completas*, vol. II. Lima, Casa de Estudios del Socialismo.
- » González Prada, M. (1985). *Nuestros indios*, en *Páginas libres, horas de lucha*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- » Portocarrero, R. (1996). *Entre la república aristocrática y la patria nueva*. Lima, SUR.

